

X ATANASIO VITERI

X EL SENTIMIENTO ESTETICO



Porfirio Barba Jacob es melódico en el verso. No llega al límite de la saciedad, aunque halle más la melodía que apetece. Entonó la "Canción de la vida profunda", la que, con el "Nocturno" de Silva, constituyen las dos poesías de mayor arrebató lírico en Colombia. Valen tanto como el salto de hirviente espuma del Tequendama o la corriente de río en los bosques de Diana que tiene el Magdalena. Esta aseveración no relega los versos cincelados del maestro Valencia, en "Los Camellos".

Al igual de Baudelaire fundió el concepto de la pintura con la música del verso al hablar de un "óleo melódico invisible" que se agitara en el aire. Barba Jacob poseía felinos de lengua dulce que le lamían la sangre. Llegó a extremos de desesperación y furor al constatar que la "tragedia de la razón" se interponía a la melodía. En la era de la poesía en que amábase la música y la forma, la limpieza de espejo y lirio que tenía el lenguaje, esa inclinación representaba el signo más acusado de virilidad. Porfirio Barba Jacob, Apolo viril, pulsa la cítara en forma de panal.

La poesía de este siglo pospone el color de las palabras para destacar el valor reflexivo que ellas contienen. En unidad conceptual, antes que expresión de sentimiento; angustia que estrangula, antes que sufrimiento encarecido por las delicias del espíritu. La poesía de hoy irá desatán-dose para realzar el maravilloso poder del hombre creador de estrellas, que ha lanzado arpones de pescador contra la luna. La luna dejó de ser el sueño nevado sobre el bosque, el territorio exclusivo de la poesía para serlo también del científico.

La libertad de la poesía es libertad del hombre. La poesía es canto de libertad. Si el esclavo poeta no la tuvo como Esopo, que vivió la libertad de su espíritu a pesar de las cadenas que entorpecían el movimiento de sus manos,

henchía con más vigor el canto de aquello que deseaba. Esto lo hacían también los negros encadenados y los galeotes que remaban cantando. Horacio que admitía la esclavitud como parte de la jerarquía romana, jamás cantó los dones de la esclavitud, porque ésta carece de dones.

Las ideas pulidas por el razonamiento son de menos permanencia en el hombre; las que arraigan en él son aquellas que le llegaron acariciadas por el sentimiento. La filosofía con Platón y Rousseau, se hizo comprender y amar por la penetración cálida de la poesía. La filosofía es poesía enfriada por la reflexión. Nietzsche se enfurecía cuando sus contemporáneos tratábanlo de filósofo. El socialismo sentimental derivado de la obra de Zola sigue conquistando prosélitos del corazón. El socialismo mental, frío y calculado, se enfurruñó en el dogma y se erizó de ferocidad.

La ciencia está despojada de sentimiento. La técnica trata de sobrepasar a la poesía. En verdad es retrasado el horror de Shelley, poeta romántico inglés, cuando vio el erizamiento de las chimeneas de las fábricas que acabaron con el bosque y el lobo ululante, con la flauta y la quejumbre del pastor enamorado. En aquel entonces no tenía razón, sino que intuyó el instante terrible en el que podría desaparecer la poesía por el crecimiento babilónico de la técnica.

Pocos seres han asumido la dignidad que otorga el sufrimiento, como lo hacen con tanta naturalidad ciertos menesterosos aún excentos de caer en la abyección. Algún pordiosero es rey sobre el pretil de una catedral o bajo los soportales de un palacio. Los harapos de Verlaine flaquean como banderas de Francia según el anhelo y el testimonio de escritores que le amaron en su tiempo. Cervantes, el más grande mendigo de la humanidad, hizo resplandecer su capa rotosa como lo hiciera Rembrandt nacarando las llagas y los harapos de sus mendigos.

Un adolescente que hubiese tenido por maestro al sufrimiento logró educar el corazón, que no era ni más grande ni menos débil que una paloma. Formado así con las lecciones jadeantes del dolor observó la desolación del bosque, acostumbrose a mirar a los pobres, escrutó a la vieja que vendía sacos de carbón y descubrió, maravillado, que bajo el tizne de la cueva resplandecía el corazón de diamante que tenía la anciana.

Barba Jacob, otro hambriento de la tierra, se fatigó por encontrar la "sustitución de las relaciones melódicas a las relaciones lógicas", es decir por la prevalencia de la poesía por sobre la lógica mortífera.

La poesía tiene horror de la lógica. Establécese la lucha de la imaginación con la razón. El hombre emplea la lógica, las más de las veces, con fría determinación sangui-naria; quiere disculpar mediante el razonamiento el libre juego de sus acciones viles. La lógica brutal de los arios que exterminó a judíos de nariz corva; la de Trujillo, que halla perfección en montar a caballo en silla de plata y caracolear en presencia de una multitud de esclavos envilecidos; la episcopal, que permite al pastor habitar un palacio murado, sin importarle el tránsito de rebaños hambrientos.

Porifirio Barba Jacob es, además, dionisiaco. Vivir es embriagarse, exclamó con efluvios sensibles. La embriaguez lírica rebasa la realidad y alonga el sueño. Es una forma natural de la evasión. El propio rumor de sus alas embriágale a este pájaro celeste. La embriaguez, sensible antes que sentimental, tiene un remate doloroso y desencantado. El poeta no logró escapar, sino que fijó con más acento los términos de la realidad. Tiene la soledad del peñasco con destellos de acero bajo el sol. No sobró para el poeta una grieta sombría en la cual refugiarse, obscurecerse y poder pensar.

El drama le condujo otra vez al sentimiento. Sucumbió a la desesperación. Mostróse magnífico en el exterminio:

El viento, el viento, el viento
y detrás del viento mi alarido.

Como una alondra borrada por el huracán.

Barba Jacob, uno de los artistas más refinados del lenguaje, tiene pensamientos alucinantes, puros en su caos. No es el pensar reflexivo, sino el arder en la sangre galopante. El haber sido artista sensible a las imágenes, le precipitó en el ardiente sentimiento. O más bien el sentimiento es el más grande forjador de imágenes mentales.

He agrupado estos antecedentes para tratar de promover ciertas ideas en torno a la educación literaria. La literatura, como cualesquiera de las otras expresiones ar-

tísticas, es materia sensible que estimula la vida interior del estudiante.

Las materias de enseñanza se quedan en la fría superficie mental o penetran ardorosamente en el espíritu del hombre. Cuando se quedan rasantes, acumulan erudición; cuando penetran, tórnanse artísticas.

La gimnasia ha creado movimientos rígidos y mecánicos. Si el movimiento es plástico y armonioso se convierte en ballet. El deporte abrillanta frente a la atmósfera a un atleta espartano. El ballet ha purificado el instinto primario de la danza. El lirismo dinámico que existe en el ballet ha frenado a la bestia en celo y en relincho para transfigurarla en ave que vuela, alma que danza, árbol que vive el ser humano. El atleta ni siquiera ama la fuerza, sino que la exhibe con dilapidación. El danzante siente el placer del que acaba de extinguir el cuerpo por amor al espíritu.

El gimnasta suprimió la armonía porque su mente está regida por la precisión. Es un vanidoso casi brutal, en contraste con la humildad en plegaria y en flor del danzante. En el escenario la mano de la danzadera florece como un ramillete de nardos con vida humana.

El profesor de astronomía curva la órbita de los satélites trazándola en la brumosa superficie de la pizarra. El poeta hace del cielo un prado de corderos o un huerto de naranjos, según distinga a la nube avellonada o a la estrella rojiza.

Cuando la psicología experimentó en los alumnos, los maestros obtuvieron resultados asombrosos: Tolstoy, un niño imbecil; Lucila Godoy, una adolescente con demencia precoz; el joven Zola, contra el cual, acaso, se mantuvo una observación psicológica depresiva, obtuvo un cero en la asignatura literaria. Cuando la psicología es enseñanza que se otorga, se la exhibe en esquemas áridos y documentales.

Sólo la psicología artística es la que penetra. Marcel Proust, el más grande artista europeo de principios de siglo, en su obra literaria, voluminosa como la biblia, "En busca del tiempo perdido", extrajo la vida de sus personajes, sangrante como un racimo de uvas. Marañón, biógrafo de cadáveres, transformó la especulación de Freud en jadeos de vida. Exhumaba cadáveres de la historia y los llenaba de rugidos. Soplabá como un dios sobre el polvo para crear.

La literatura que realiza exactamente la obra de la semilla que germina, tiene la potencia de arraigar en noso-

tros, de llenarnos la sangre de una encendida trepadora de jilgueros, de hacer del pecho una rosa lacerada, de correr por el hueso el aire de las flautas.

Por acción de aquella, el adolescente se envuelve de una naturaleza tibia que le perturba los sentidos puros; el corazón se compadece del humano destino: le duele la violeta en el párpado, le duele el huérfano en su soledad de piedra. Comprende pictóricamente que el botón de la rosa fue primero seno de mujer para abrirse luego en antorcha de colores. Por la literatura llega al idilio, camino del adolescente hacia la naturaleza, ama a los pastores de Virgilio que enseñaron a lamentarse de amor a los pastores de Garcilaso; aprecia la relación del nido del ave y la choza del labriego; escucha que en la umbría catedral del bosque canta el coro de lobos ululantes; ve gotear el racimo de barro de las grutas; descubre que en el cuello de la oveja hay un balido de cántara con agua.

La historia, desprovista de deleite por la pedagogía, muestra la bruñida superficie de los héroes, el pasado mortal, el polvo de las edades. La abigarrada información de eras, fechas y lugares, tortura la mente del estudiante. El tiempo precipítase frente a él, con el natural despeñadero de la historia que convierte a los siglos en momentos de la humanidad. El estudiante resiste a la fecha como un caballo de brío a la tranquera, y lo que es más grave aún, cobra antipatía a los héroes. A los límpidos héroes de Carlyle se los ha embabiecado como arlequines.

La literatura ofrece la vida verdadera de los conductores de la humanidad. Desde Plutarco hasta Lytton Strackey. Este último embebió la era victoriana inglesa con la vivacidad y el brillo de la vida. ¿Hay alguien que haya comprendido mejor a Byron que Maurois? La poesía byroniana es ahora insoportable a las convulsiones de los espíritus de este siglo. Mas la vida de aquel poeta secular será siempre una de las más seductoras de la humanidad. ¿Zweig no es el biógrafo de seres agitados? Vidas asombradas que vivieron de alas en el plano terrestre, en la huída por ciudades de Europa, en la sangre de girasoles que amaron el ocaso, en el deseo fatigado con nórdica insania. Por las cálidas páginas de ese biógrafo pasaron Balzac, Nietzsche, Dostoiewsky, Kleist, Novalis como por entre claustros ideales o como por sobre cárceles, ya que eran idealistas y por lo mismo grandes transgresores de la normalidad. Esas

vidas fueron tan semejantes, en la turbación y en la tragedia, a la de Stefan Zweig, el biógrafo de artistas.

Por la cívica, el niño jamás llega a la Patria ni comprende el plenilunio de los símbolos; por la moral, no adquiere una conciencia de excepción. La pedagogía apaga la vida en la enseñanza por la necesidad que ella tiene de agrupar el conocimiento en ciclos, en esquemas, en nomenclaturas. El espíritu se endurece en vez de advertir la flexibilidad de vida de la planta trepadora sobre el muro.

En un mundo cada vez menos hechizado con los símbolos y más exigente con la materia viva, la Patria es algo más que la bandera representativa. La patria en integridad nos la da el poeta. Sentimos la victoria con Olmedo, la aguerrida exigencia de justicia con Montalvo. Las denostaciones de Hugo, contra Napoleón III, es la mejor parte del verbo de Francia. Lo más erguido del Perú se contiene en el inflamado rencor de González Prada.

La moral es el árido catecismo secular. Por ella el niño adquiere una actitud hipócritamente convencional. En los colegios erígense tribunales de profesores que juzgan de la aparente compostura "exterior" del niño. Cuántas veces esos tribunales premian el sosiego taimado y castigan un bello temperamento de adolescente.

Es maravillosa la vida interior del hombre. Un caballo galopante y azul hábitale en el pecho. La verdadera vida está allí sobrecogida, rumorosa y oculta. Lo demás es vida aparente, paso que anda, apostura circunstancial, falsa sonrisa. Un bello palacio deshabitado es más tétrico que una cabaña en la que habita el fuego y el hombre. La sangre es la que impera cuando circula de pasión, sufrimiento y esperanza.

El artista es el que con más afincamiento vive en el sitio recoleto. Un nido de huracanes se trenzó en el pecho de Miguel Ángel. A Juan Ramón Jiménez habitábale una azucena primaveral que enrojecía con el naciente. Verlaine se fue, pero nos queda su vida interior impaciente y dolorosa. Aunque haya muerto Camus seguiremos escuchando su grito dilatado por la desesperación.

La literatura ennoblece la vida interior del hombre. Cuando veo a una muchacha leer un libro, veo también que cambia con el sueño el brillo de los ojos. El frío domine merma la vida que inunda la obra de creación literaria; la examina como si se tratara de una herramienta. Si en cam-

bio es advertida en su aliento vital, el efecto es también dinámico. Si en lugar de reducirla a fórmulas, se hace donación de la poesía que contiene y se la explica; si en vez de la vida en catafalco, ofrece la vida plena, ardiente y dolorosa de los poetas, el adolescente tiembla como la espiga que en el llano busca el pan.

Los poetas han embellecido la vida. Enjabelgaron las casas con el alba, cambiaron la espiga en pincel de horizontes. En danza y en amor transformaron los instintos. Advirtieron la belleza de la ojiva en el salto del felino. El lamento del viento, en el bosque de amplia estructura, fue reducido a la breve caña del pastor. Con sólo una pincelada en negro se obtenía el abismo y derramando espumas y colores azules venía de frente galopando una tropa de caballos azules en el mar.

Ni aún los filósofos acercáronse al ser humano interior. La frente del hombre abatíase por la reflexión, pero el corazón, racimo de una viña de pasiones, quedóse indemne.

Heridos los sentidos por la belleza mudáronse en sensibilidad, y ésta atesorando la bondad, se trocó en sentimiento. El sentimiento, producto de una doble formación, origina la conducta, los anhelos incitantes de justicia, la solidaridad para con el doloroso rebaño humano. En sufriendo el individuo, adquiere esa capacidad de comprender el sufrimiento de seres semejantes.

El sentimiento es dulce sufrimiento.

El hombre agitado por la belleza se volvió infatigable para el bien. Platón y Rousseau, poetas esenciales, hicieron amar su filosofía. El socialismo nació del ardiente corazón de Zola. El dogma engendrado por la filosofía en aplicación de moral, religión o política, enfría como un puñal la bondadosa sangre del hombre. El dogma es filosofía enfurruñada, razón rencorosa, lógica mortífera; hiena en acecho para asaltar sobre la libertad de juicio; verdugo en el que prevalece una razón monolítica dispuesto a estrangular a aquel que exprese un nuevo razonamiento. El dogma seca el sentimiento como la arena la sangre o el regato del agua. La religión aterra al adolescente y precipita su voluptuosidad.

La ternura humana es la más bella expresión del sentimiento. Es el estado del hombre en flor, en debilidad, en levedad de pétalo deshojado para fallecer en mariposa. Es

tener débil el pecho como las hojas muertas palpitando sobre la tierra. Un pecho así es fácilmente herido del bien.

La humedad baja al cuerpo del hombre para ponerlo en estado de ternura, como baja a la tierra para ponerla en estado de germinación. En ese deshacimiento es cuando descubre un anciano pegado al muro, que antes no aperci-biera con los ojos ciegos a la piedad. Cuando es capaz de derrocar una catedral, si ello fuere necesario, para que ce-se el llanto de un niño; un niño que tenía el juguete y el pan como parte de su sueño, que sentía hambre, que le hi-rieron a latigazos, que le arrebataron el paraíso de unas bolas de color que tiraba en el suelo como estrellas erran-tes.

La ternura que suaviza la mano del hombre como una gamuza, en el instante en el que acaricia el cuello del pe-rro, el animal solidario cambia por humildad el ardiente brío, el furor atacante por la lamida de la mano del que sa-be conducirlo por amor. La ternura humana abstracta, vi-sible solamente en el rostro del niño dormido, en los ojos de mujer enamorada del perro fiel, en el cándido vellón de la oveja, en la ubre de la loba en el instante de la succión.

La vida interior, húmeda de arcilla, es claustro de re-cogimiento. Pone ventanas de contemplación y vuelo so-bre el mundo a través de la ternura; se "exterioriza" por amor. El amor se descubre cuando sufre. Cuando muere la madre, los deudos lloran y gritan, quieren abrazar en la calle a todo caminante desconocido, rogarle que cubra la soledad que se ha abierto de golpe para ellos. El llanto pu-le el aire y una palidez de azucena macera el rostro de los afligidos.

El estallido de ternura por obra del sufrimiento, está presente en la vida de Marcelina Desbordes-Valmore.

La vida de esta poetisa francesa cabe en el langor abreviado de una lágrima:

Un barco emproa hacia una isla de huacamayos abi-garrados y cocoteros que balancean vasijas de leche. Dos mujeres pensativas están pegadas en la borda. La una, caduca y agotada, recibe el resplandor del mar que le na-cara el rostro, como el efecto de la luz en un cuadro de Rembrandt, que sonrosa llagas y harapos de mendigos. La otra es una niña de cabellos rubios que el viento lúbrico los agita; y vestido de gasa que lo levanta para espiar el mus-

lo pulido como cayada de pastor, al igual del verso de García Lorca.

La niña al embarcarse miró la playa y el revuelo de la corriente nupcial de azahares, la espuma de palomas.

La madre murió en la isla; Marcelina, la niña que el viento enamoró, retorna en el barco, pegada a la borda solitaria. La espuma de la playa ya no era de nardos de agua, de gaviotas de líquidos cuellos, sino que se rizaba en crespones acerbos.

Duros son los escalares de la calle a la buhardilla. Chirría la escalera que va al desván como vieja guitarra o arpa empolvada. Los que sobrepasan esos escalones imprimen sus huellas en la madera. Lamartine deja una pisada de narciso. Verlaine calcina con su pata de fauno. El corazón, pleno de aire al comienzo, termina fatigándose como el galopar de un antílope. Marcelina reposa un instante en el vano de la escalera. El ventacuno que está en el vano emblanquece una paloma en el instante del alba; en el poniente, la rosa de vidrio se vuelve antorcha de colores. Marcelina suspira al escalar, embebe la fatiga y anhela suprimir los escalones dantescos. Tiembla por este anhelo inconcebible y exclama con arrepentimiento: "Tengo horror de ser feliz".

Canta el silencio y se personifica la soledad en el desván de Marcelina. El silencio se acodera en la silla, la soledad se instala sobre la mesa. La luz se filtra siempre malva. El habitáculo huele mal por la opresión del bajo vigamento. Marcelina como sobre un tiesto de arcilla cría versos que huelen a violetas. El desván es negro, caduca la viga, taraceada la teja. La luna, a través de las grietas del tejado, lo encala como una estrella de leche.

Sube Víctor Hugo, piafante. Le sigue penosamente Lamartine. Arrodíllanse en abstracto frente a Marcelina, y exclaman con hipérbole romántica: Saludamos a la mayor poetisa de Francia.

Sube Verlaine salpicando de sangre los escalones cual si estuviese herido. Se arrodilla en espíritu, y exclama: Eres el himno infinito de la ternura humana.

Sube Descaves y percibiendo el rostro de la mujer brumosa de sufrimiento, exclama: Nuestra Señora de las lágrimas. El duro Descaves se ha conmovido.

Sube Saint-Beuve y frente a la mujer que nutre su poesía con la miseria, pierde el vano orgullo. Sin despojarse

del énfasis, exclama: Ya no eres la poetisa, sino la poesía misma.

Marcelina está vieja; ora en el altar ante el Cristo que enfrenta cirios encendidos. Cada vela representa un ser querido muerto por el huracán: el padre, la madre, los hijos. El mundo bullente se ha petrificado en soledad. El Cristo es rayo de marfil en borrasca de incienso. Lloro la cera. Resbalan lágrimas "congeladas" como desprendiéndose de una estatua que llora. Han pulido el nardo para hacer el Cristo; el Cristo tiene rodillas de manzana.

Marcelina reza como un cadáver que tose:

¡Señor, si no has tenido para mí piedad, tenlo al menos para las otras madres!

¡Señor, te entrego mi dolor, todo lo que queda de mí, lo único que has olvidado arrebatarme!

Ocho cirios arden como geranios de fuego. De la boca del Cristo entreabierta se desprende el milenario perfume de una lengua de miel.

Marcelina golpea en las puertas del cielo. Las puertas son de bronce, las mismas que cierran en la tierra la catedral de Florencia. Las llaves de San Pedro, forjadas en forjas de Cellini, cuelgan del cinto del anciano. San Pedro ondea barbas agitadas con las palpitaciones de la vida que Miguel Angel diera al mármol.

¡Dejadme pasar, dejadme entrar, no veis que soy madre!

Los hijos de Marcelina la esperan, acompañados de ángeles con senos de naranja y alas de libélula gigantesca.

Abriéronse los vitrales de la aurora como rosetones de catedrales góticas.